

Reflexiones en un día de fiesta

LA Diada que hoy celebra Cataluña, el 11 de Septiembre, nos mueve todos los años a los catalanes a plantearnos algunas preguntas: ¿Qué queremos? ¿A dónde vamos? ¿Cuál es el mejor modo de celebrar esta fiesta?

Muchas veces se ha comentado que la defensa heroica de Barcelona por Casanova, Villarroya y todo el vecindario en pie fue seguida, tras la entrada de las tropas borbónicas, de una reanudación del trabajo diario que dejó asombrados a todos. Pero eso no fue más que el símbolo incipiente de algo que tuvo mucha más trascendencia histórica: la expansión de los hombres y los productos catalanes por toda España.

Con la política de Felipe V y el decreto de Nueva Planta perdimos nuestras instituciones y nuestras libertades tradicionales. Es algo sobradamente conocido este lado políticamente adverso de aquella nueva situación. Pero existe también otro. La igualdad con el resto del territorio permitió trabajar con los mismos derechos y saltar sobre las antiguas fronteras interiores. Desangrada y arruinada Castilla por guerras seculares, nuestras gentes, que habían trabajado y seguían haciéndolo con tenacidad, encontraron un mercado abierto a la producción catalana y un campo para numerosos empleos y presencias.

La proyección a Cataluña de las leyes centralistas fue una cara de la moneda; la proyección sobre el resto de España de las iniciativas catalanas fue la otra.

LA historia de la Diada desde la celebración en Sant Boi el año 1976 tiene también, reanudando una antigua tradición, su itinerario reciente. En aquella Diada hubo el primer intento de incorporar a los catalanes nuevos o procedentes de la inmigración. Eso se había conseguido ya plenamente al año siguiente con la monumental manifestación del 77, tras las primeras elecciones, que desfiló al grito de «Volem l'Estatut». Era un pueblo entero y vario, pero igualmente ilusionado, el que aspiraba a recobrar instituciones y gozar de un Estatuto de Autonomía. En las celebraciones posteriores se ha ido viendo la huella de las divisiones políticas, el reflujo inevitable de los entusiasmos y la tendencia —que un poco favorecía la elección de esa fecha, memoria de una derrota, como Diada— a capitalizar el fervor los grupos independentistas.

Este año van a discurrir por el recorrido previsto dos o tres manifestaciones, según se cuente. La aún llamada «unitaria», de los partidos políticos parlamentarios, la de la Crida a la Solidaritat, centrada en el «no» a la LOAPA y el grito de autoterminalización, y la de Esquerra, con el señor Barreña al frente, que se ha pasado de la manifestación «unitaria» a la otra y desfilará, según parece, entre una —la de la Crida, que irá delante— y otra, la de partidos. A ello cabe añadir que los centristas se retiraron de la manifestación, con lo que la misma mayoría parlamentaria en Cataluña se hallará repartida entre Convergència i Unió, que irá con la manifestación de los partidos, Esquerra, que irá más cerca de la de la Crida, y Centristes, que no acudirán.

Bien se ve, por consiguiente, que la consolidación de la fiesta ha de ir por vías de unidad, y la unidad, en un ambiente de partidos y elecciones, como mejor se expresa es con la fiesta de todo un pueblo, en su diversidad y variedad, un poco en todas partes y en ninguna, que es lo que pasa en las fiestas patrióticas con solera y arraigo.

PERO todavía hay una tercera razón que abona esa tendencia que va de la defensa cerrada de nuestras cosas a la abierta influencia en el curso de las cosas en toda España y de la manifestación multitudinaria organizada a la celebración rica, varia y libre, natural y tranquila de la Diada.

Esta tercera razón es que pocos momentos en el curso de una historia milenaria han sido políticamente tan buenos como éste. Conviene no perderlo de vista. Y si arrancamos del 11 de Septiembre de 1714, más aún. Ni siquiera en este siglo, que ha visto la Mancomunidad y el Estatuto del 32 y la Generalitat de la República, habíamos tenido un período tan tranquilo y políticamente floreciente para nuestras instituciones. No es, por eso, casual que la misma coalición que llevó a Jordi Pujol a la presidencia de la Generalitat se incline ante las próximas elecciones por una mayor atención y participación en el Congreso y, si hay ocasión, en el Gobierno de España. Algo parecido, por otras vías, propugnan los mismos socialistas y los partidos de centro. Cuando tenemos instituciones y vemos cómo van funcionando —experiencias en muchos aspectos orientadoras y adelantadas en un Estado de las Autonomías—, advertimos que Cataluña tiene fuerza para trascenderse a sí misma y aportar una presencia serena en una España que se esfuerza en asentar su orden constitucional.

Cada día tiene su afán, cada año su signo, cada 11 de Septiembre su reflexión. Sea la de este año la esperanza de que se consolide como fiesta de tranquila y pacífica unidad del pueblo de Cataluña y de decidida proyección e influencia sobre las cosas de toda España. La experiencia histórica muestra bien claro que es ilusorio pretender vivir al margen y librarse de las salpicaduras de los conflictos y las hogueras de las luchas.

Este año la celebración coincide con vísperas electorales. Se comprende que los puntillos y ardores partidistas y los cálculos que miran de reojo el electorado apunten y se manifiesten. Pero como a todos importa una andadura larga y sosegada, conviene no perder de vista la línea de fondo cuya continuidad importa: unidad de convivencia en Cataluña, presencia inteligente y eficaz en las cosas de toda España.

Moros, judíos y cristianos

Otro equívoco pintoresco

DE un tiempo a esta parte, parece haberse recrudescido en los territorios de la Monarquía una vieja querencia bastante curiosa: la de la «morería». La cosa, sin duda, ofrece mayor vistosidad entre los andaluces, pero se advierte un poco por aquí y por allá. Lo de «nuestra tradicional amistad con los pueblos árabes» conecta con las recientes efusiones filopalestinas que manifiestan derechas e izquierdas, y hasta cuentan que algunos celiberos y sus señoras se están convirtiendo al Islam, se inauguran mezquitas, hay nuevos entusiasmos por la poesía árabe-andaluza. Y más detalles. Y yo no diré que se trate, al fin y al cabo, de un fenómeno trivial o injustificado. Puede que aquello de que «Africa comienza en los Pirineos» nunca dejó de tener su punto de verdad. Y, en cualquier caso, ¿cómo no recordar aquel genial cantable de «La patria chica», la romanza del personaje Española, de los Quintero?

Me encantan los moros y la Inquisición, y voy a los toros y luego al sermón....

y, en efecto, al buen español siempre le encantaron los moros.

Los moros y lo otro, por supuesto. Se explica, en el fondo. Han sido muchos siglos de convivencia, con guerras o con treguas, incluso con complicidades, y eso tuvo que dejar su huella. Quizá no tan marcada como apuntaba don Américo Castro. Bien mirado, Castro acentuó más la nota en lo referente a los judíos. Sin embargo, la cantidad de arabismos que conserva el castellano —y ya ha olvidado muchos— es enorme, y este impacto sobre la lengua demuestra muy a las claras que las relaciones fueron íntimas. No hará falta añadir la popularidad del tema «morisco» en la literatura española clásica. Y por lo que afecta concretamente a lo mío, al País Valenciano, conviene tener presente que en 1609 —anteayer, prácticamente— una tercera parte de la población todavía hablaba «algarabía» y cumplía las reglas del Corán. Felipe III mandó expulsar esta multitud, pero, ¿hasta qué punto se borró el pasado? El asunto tuvo su origen en la llamada «destrucción de España», con las historias de don Rodrigo, La Cava, el conde don Julián y Guadalet. Así lo explican los romances y los manuales escolares. Y luego vino el Califato de Córdoba, y lo demás, hasta Boabdil. Mejor: hasta 1609.

DE una manera u otra, media Península Ibérica contiene rastros monumentales o folklóricos de la antigua morisma. En Andalucía, especialmente. Catedrales, palacios, jardines, barrios enteros, mantienen un aire «arabesco» evidente. Y no creo que los musulmanes de hoy, en sus vastos dominios —petróleo incluido— posean una sola mezquita tan soberbia como la que, debidamente bendecida,

disfrutaron los reverendos capitulares de Córdoba. Y lo mismo cabe afirmar de algunos alcázares, de algunas alcázaras. No ha de sorprendernos que, entre los más furiosos chovinistas islámicos, haya unos cuantos que reivindicar el espacio español hasta la línea Toledo-Valencia. Ignoro lo que acerca de ello piensan los «mozárabes» toledanos. En el País Valenciano, lo de los «moros» se limita a un festejo popular, con simulacros de batallas, en las cuales, naturalmente, siempre ganan los cristianos; gracias a San Jorge, a Santa Marta o a Santa Rita de Casia, según sea la devoción local. No sé tampoco cómo funciona lo de Mallorca, donde, si no estoy mal informado, también han surgido una docena de eruditos con chilaba. «Me encantan los moros...» ¿Y aquello del «alma de nardo del árabe español», de don Manuel Machado?

Dudo mucho que los andaluces actuales tengan nada que hacer con sus presuntos orígenes agarenos. Ellos descienden de la fauna castellana conquistadora y colonizadora, y si no son «cristianos viejos» —porque «cristianos viejos», en España, nunca pasaron de un centenar de familias—, son «convertidos de judíos». No de moros: de judíos. Con el truco de las «autonomías», cada cual procura buscar —o inventar— unas «señas de identidad» que les singularicen, a nivel cultural. No hace falta: un andaluz es un andaluz, sin necesidad de imaginarse mestizo de moro. Andalucía, que es geográficamente el último ámbito románico, concretamente castellano, si tiene una «identidad» culta, resulta ser castellanísima, y una gran parte del censo de escritores ilustres del Siglo de Oro andaluzes son, y sin sospecha «morisca»: Góngora o Mateo Alemán, sin ir más lejos, tal vez odiaban el tocino, pero no el Corán, sino por el Antiguo Testamento. La España de pandereta tiene su fijación en Andalucía: la «pandereta» de Andalucía podría ser, y ya lo ha sido, el recuerdo árabe. Sólo que, a nivel popular, esa leve memoria, probablemente circuncisa, semítica, sea genealógicamente hebrea. Y no entro en especulaciones, como la de un colaborador de «Revista de Occidente» que quería derivar el «cante jondo» de las salmodias sinagogales. Mi paisano, don Julián Ribera, arabista, se empeñó en demostrar que la «jota aragonesa» es un subproducto de la morería. Bueno. No hay que enfadarse por eso.

Y la presente divagación me llevaría a saltar a los «europeizantes», y no sólo a ellos, a los «casticitas», que, de la generación del 98 o de la siguiente, desde Madrid o desde Salamanca, miraron con malos ojos la supuesta droga arabofilia. Lamento no tener a mano ahora los textos oportunos, pero sí no yerro don Miguel de Unamuno, en un momento determinado, lanzó sus improperios contra el «beduinismo» español. Unamuno era vasco, como Baroja: castellanizados, pero vascos. Lo suyo nunca fueron las huries, los Abencerrajes ni Mahoma. Y no digamos don José

Ortega. Don José Ortega había estudiado en Alemania, era socio de un club de golf, y creía que el «problema de España» consistía en un déficit étnico de germanismo. Por lo menos, su «España invertida» —insinuaba algo así... Pero el «español zarzuelero», perdida la guerra de Cuba, tuvo la obsesión ambivalente del «moro» de Marruecos. Lo cual nos llevaría a reflexionar sobre la Semana Trágica y sobre el pasodoble de «Las corsarias»: «Banderita...». «Como el vino de Jerez, y el vinito de Rioja».

Naturalmente, yo no recomendaría a los andaluces que se remontasen a Séneca. Séneca no era andaluz: era un hispano-romano emigrado, filósofo y usurero. Pertenece a otra «historia». Como, en mi país, la Dama de Elche. Don Américo tenía más razón que un santo, cuando negaba la «españolidad» de Séneca, de Marcial, de Averroes, de Viriato, de los bisontes de Altamira. Lo que Castro llamaba España —que tampoco era España— es una «formación histórica» muy posterior. «Vinieron los sarracenos, y nos molieron a palos», escribió un jocosos racionalista del XVIII. Y añadió, para mayor inri, lo de: «Que Dios ayude a los malos cuando son más que los buenos». Todo el «providencialismo» —español o no— queda desmontado con esta obviedad, si de historia se trata. Los cristianos, al final, vencieron a los moros. Y no fue una guerra civil: la Reconquista (o la Conquista) no pudo ser sino una operación «colonial». Como lo fue el episodio de América... Y si el señor Escudero se disfrazó de odalisca, no por eso dejará de ser un hispano-judío. O un cristiano viejo, que será peor.

Porque —y el director de este diario me permitirá una vez más el abuso de espacio— nunca estará de sobra evocar una frase insolente de Blasco Ibáñez. Don Vicente, en una de sus novelas, puso el dedo en la llaga, por boca de uno de sus protagonistas: «Aquí, todos somos nietos de moros, de judíos o de frailes». Era una exageración, lo reconozco. El semental celtibérico pudo tener más variantes. Las sábanas son herméticas. Alguien publicó una novela con el título de «Memorias de un vagón de ferrocarril». Fue un libro escandaloso. Pero poco. Las «Memorias de una cama cualquiera» hoy sería un best-seller erótico. En la historia de España, los cruces raciales fueron el pan de cada día. Pero entre judíos y cristianos. Los moros no intervinieron en esta operación genética tanto como habría sido de esperar. Jaume Roig y Jordi de Sant Jordi provenían de «convertidos», y así me lo asegura mi amiga Angelina García; de familias «conversas» fueron Lluís Vives, y Santa Teresa de Jesús, y don Juan March, o, por lo menos, don Marià Aguiló. Todo judío. Fernando el Católico, hijo de una Enríquez (y como él todos los Borja de Gandía, con San Francisco al frente), tenía sangre sucia... Y... Y termino, por ahora.

Joan FUSTER

Cartas de los lectores

«El aborto y la despenalización»

Señor Director: Leo con sorpresa e indignación el artículo de la periodista Elisa Lamas «El aborto y la despenalización». La citada señora, arropándose en su condición de madre de siete hijos y de mujer cristiana —según sus palabras— argumenta a partir de científicas afirmaciones (si el cristianismo no atacó las instituciones romanas fue con el deseo de transformarlas desde dentro de ellas) que la oposición de la comunidad católica al aborto es fruto de una mera política posibilista con los tiempos pasados y que en estos momentos —cito textualmente— «es absoluta e insuperable».

Podría responder con el corazón y negar desde mi posición de católico —aunque no muy practicante— que se deba despenalizar al aborto por existir un conflicto límite entre dos seres —según la Iglesia la defensa propia, único caso en el que las armas son permitidas y con ellas el acto de matar, sólo es aplicable con un ser culpable. Un ser humano de pocas semanas de existencia sólo es culpable de haber sido concebido y a partir de aquí resultaría que todos estaríamos, según la señora Lamas, condenados a ser eliminados en cuanto molestásemos a nuestros semejantes (de ahí a la eutanasia hay un paso).

Pero no solamente con el corazón, sino también con la razón se puede rebatir el artículo. Hay abortos que cometidos por personas ricas con posibilidades son realizados impunemente fuera del país. Pero también hay asesinatos de guardias civiles

Sólo publicaremos —íntegras o condensadas, según el espacio de que disponemos— las cartas breves, escritas a máquina, a dos espacios, por una sola cara, de no más de un folio y que puedan ser firmadas con nombre y apellidos. Recordamos a nuestros comunicantes que han de constar sus señas completas y que no mantenemos correspondencia, ni atendemos visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas de esta sección. Cuando los lectores lo deseen, y si el tema se presta, pueden enviar sus cartas ilustradas con fotografías.

que por la «solidaridad» de Francia tampoco son castigados. Con este argumento se debería permitir que todo español, no sólo los etarras, pudiera eliminar al guardia que le pone una multa de tráfico (también hay colisión de intereses).

Emiliano JIMENEZ LEON

N. de la R. — En el mismo sentido de rechazo del aborto y de su pretendida no penalización hemos recibido numerosas cartas a las que no nos es posible dar cabida por razones obvias. Esperamos que nuestros corresponsales sabrán disculparnos.

Se esquilma a los payeses

Señor Director: «La Vanguardia» del 4 de este mes publica en su página 20 información sobre las quejas de los payeses del Bajo Llobregat por los constantes robos en sus cultivos y por la escasa vigilancia con que cuentan. Ilustra dicha información la foto de una manifestación de esos agricultores, encabezada por los familiares de la payesa muerta recientemente por defender sus frutales.

Y lo sorprendente es que en las reuniones que se dicen tuvieron con el subgobernador de la provincia, con alcaldes de la zona, con jefes locales de po-

licia, etc., nadie mencionara siquiera que contra tales delitos actuaba con gran eficacia el Somatén, cuerpo civil fundado durante la guerra de la Independencia, constituido exclusivamente por personas de probada honradez y prudencia, sin matiz político alguno y con un limpiísimo historial. Cuerpo éste tan nuestro y tan respetado, que fue desarmado no hace demasiado tiempo, de una forma repentina y sigilosa, en plan de hecho consumado y sin explicación convincente alguna.

Y lo que menos se comprende es que ningún político catalán, ningún estamento de nuestro pueblo levantara vibrante la voz contra una medida tan extraña y de tan desastrosos efectos como los hechos demuestran cada día.

Juan A. EZEQUIEL

Islam y no mahometanismo

Señor Director: Queremos con la presente, contestar a la carta publicada en su periódico con fecha 16 de agosto, que firma el señor José María Sanchis Sacanella y que titula «El sainete de las conversas al mahometanismo». Mal titulada por cierto, puesto que nuestra religión no es el mahometanismo sino el Islam, el último de cuyos profetas es Muhammad.

Por lo que hemos podido ver, el señor Sanchis, no tiene la más mínima idea de lo que es el Islam y de lo que el Corán nos manda. ¿De dónde ha sacado la información que le permite hacer tales afirmaciones?

Si él nos habla del artículo 14 de la Constitución española, nosotros podemos decirle que el Corán proclama la igualdad entre hombre y mujer desde hace 15 siglos. Y que si la mujer occidental tuvo que luchar el siglo pasado por su derecho al sufragio, la mujer musulmana votaba ya en tiempos del profeta. Para que sepa más le diremos que la mujer musulmana no está obligada a hacer los trabajos de la casa, y tiene el derecho de recibir un salario por ellos. Cosa que la mujer occidental todavía no ha conseguido. Y le repito señor Sanchis, que todo esto desde hace ya 15 siglos.

La única de todas sus afirmaciones que es cierta, es que la mujer no puede bañarse en público, pero ¿es que hace falta público para bañarse? Al parecer el señor Sanchis, está indignado porque vio a unas españolas con unos «trapos» en la cabeza, estos «trapos» forman parte del sentimiento moral de la mujer musulmana.

Terminaremos diciéndole, que el Islam no tiene fronteras ni nacionalidad, que la Tierra es de Dios para los que creen en él.

Hemos procurado no ser desagradables con usted, aun cuando usted lo ha sido con nosotros. Esperemos que la próxima vez esté mejor informado antes de emitir un juicio público, y sobre todo si ello afecta directamente a otras personas.

Núria CASALS I PONS
(Estudiante de 5.º de Medicina)